

53-E

HOMENAJE
AL DOCTOR MARAÑÓN

PEDRO LAIN ENTRALGO:
*Por la integridad
del recuerdo de Marañón*

JUAN ROF CARBALLO:
Marañón y España

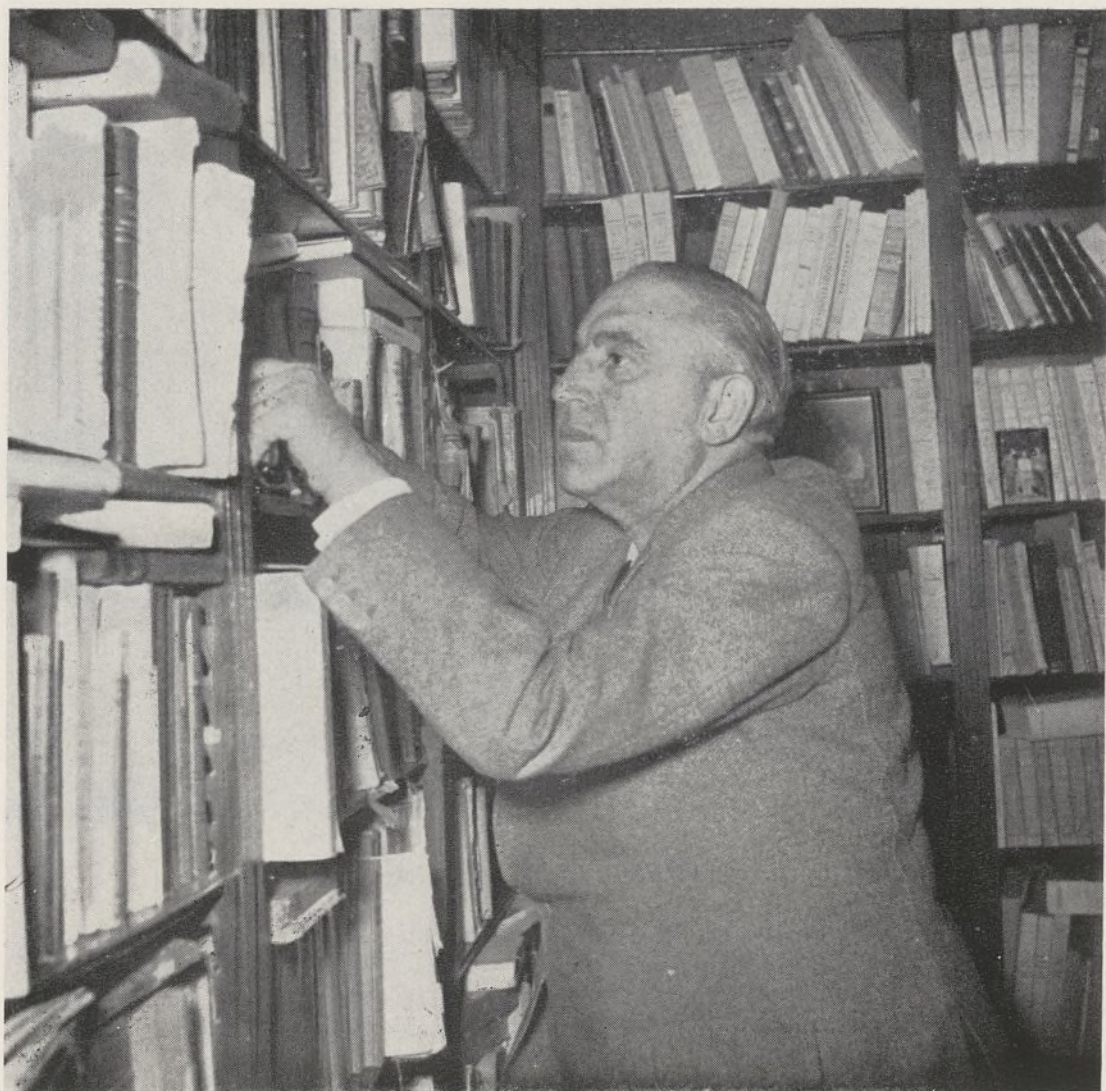
JUAN JOSE LOPEZ IBOR:
Marañón, médico humanista



GREGORIO MARAÑÓN

Una de las figuras de más noble significación liberal en la sociedad española,
uno de los nombres de más amplia irradiación de nuestra cultura
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS se honra recordando su persona y su obra
en la ocasión del X aniversario de su fallecimiento

PABLO SERRANO: *Monumento al doctor Marañón* (Foto Muller)



(Foto Lara)

POR LA INTEGRIDAD DEL RECUERDO DE MARAÑÓN

P O R

PEDRO LAIN ENTRALGO

¿Para qué se recuerda a un muerto, para qué se habla de él? Cuando el recuerdo es privado, cuando solamente se actualiza en el corazón y en la palabra de los que quisieron de cerca al que ya no existe, la respuesta es fácil: háblase del muerto para que la evocación ocupe de algún modo el vacío que su pérdida dejó en las almas de quienes en tal forma saben recordarla. No son tan sencillas las cosas cuando —si así lo permiten o lo exigen la valía y la fama del que murió— es pública y solemne la recordación. Porque entonces pueden ser, más aún, suelen ser varios los motivos de ésta.

Dejad que por amor a la simplicidad los tipifique en dos, polarmente contrapuestos: la práctica del vampirismo y la búsqueda de la ejemplaridad. Hay muertos famosos —¿necesitaré dar nombres?— a los que se recuerda en público para que aparezca en el haber privado o político del sujeto recordante, quién sabe si con un secreto propósito de autojustificación, una parte de la grandeza y la fama del varón recordado. La memoria y la palabra son ahora como ventosas que tratan de chupar, en beneficio propio, algo de la sangre invisible y lejana del que para siempre se fue y ya no puede responder a lo que de él se dice. La persona del otro conviértese así, terrible cosa, en puro y utilitario pretexto. En el polo opuesto, la búsqueda de la ejemplaridad, la evocación del grande que ya no existe para que la excelencia de su obra o de su conducta sirvan de lección a los que siguen viviendo. Hay entonces —es verdad— un peligro, el de mitificar una realidad que por ser humana tuvo y no pudo tener, junto a sus muchas luces, alguna sombra; pero la persona recordada no deja en tal caso de ser persona, no pierde su dignidad de ente merecedor de ese infinito respeto que exigen los tres más esenciales atributos de la vida personal: la intimidad, la libertad y la vocación.

A cien leguas de todo propósito de vampirismo, nos hemos reunido hoy para recordar a Gregorio Marañón buscando y proclamando lo mucho que en él fue ejemplaridad, alta ejemplaridad. ¿Cómo lo haremos? Ante todo, cumpliendo el primero de los deberes de quien con

admiración genuina y verdadero respeto se acerca a otra persona, y más si esta persona ya ha muerto: el deber de conocerla y aceptarla en su autenticidad y en su integridad. Más claramente: el deber de recordarla según lo que ella realmente fue y conforme a todo lo que ella realmente quiso ser. Autenticidad e integridad. Que nuestro recuerdo de Marañón se halle presidido por la firme voluntad de penetrar en lo que él de veras fue y de no eludir—acaso por servir a nuestras «convenenzuelas», como de ciertos predicadores decía el padre Isla—nada importante de lo que él de veras quiso ser.

Lo cual, cuando se trata de un escritor tan copioso y sincero—tan lírico, diría yo—como lo fue nuestro Marañón, no resulta empeño especialmente difícil. Con la ingeniosa *sans-façon* de que a veces hacen gala nuestros admirables vecinos, decía un escritor francés que hay dos profesiones en las que no es posible mantener una cabal intimidad: la de escritor y la de prostituta. Dejemos aparte los motivos que por razón de su oficio pertenecen a ésta; limitémonos a los que son privativos de aquél. El escritor lo es en cuanto que escribe para un público; por consiguiente, en cuanto que vive diciendo algo a los demás; en definitiva, en cuanto que «se dice» a sí mismo, porque—salvo en el caso del escritor científicamente puro, y de alguna manera, incluso en éste—el «decir» del hombre es siempre «decirse», contar lo que uno es, confesar a tercias, a medias, quién sabe si a enteras, la propia realidad.

¡Cuántos y cuántos textos en que Marañón, a lo largo de su vida, se ha dicho a sí mismo! Entre tantos posibles, dejadme limitarme a uno. Fue compuesto en 1940, cuando su autor, que lejos de España ha hecho ejemplar revisión de su propia vida y ha conquistado—definitivamente—la más noble serenidad y la más noble melancolía, medita en voz alta acerca de una actitud anímica que puede ser virtud egregia y que en su caso lo era: la ambivalencia. La ambivalencia sería, para Marañón, el nervio psicológico del liberalismo, entendido éste como disposición de la mente y no como doctrina política.

Cuando hay que elegir entre uno y otro lado de la barricada, el liberal, el pobre liberal—decía nuestro escritor—, no sabe lo que hacer. No porque ignore, como el hombre que duda, dónde está la razón, sino porque no alcanza a quitar la razón del todo a nadie, ni a dársela a nadie por entero... Por eso en los dos lados le miran con desconfianza. Por eso muchas veces desde ambos lados le lapidan.

Desde la Revolución Francesa, que puso a tan dura prueba el espíritu liberal de muchos de los hombres que la habían incubado, la ambivalencia trágica y gloriosa del liberal no ha dejado de repetirse.

Pero a costa de su dolor —concluye Marañón— el mundo avanza, sin que alcancen a despeñarlo la extremosidad de los impulsivos y la duda cautelosa de los tímidos.

He aquí un texto en que auténticamente se expresa la persona de Marañón; sus palabras nos confiesan, sin ambages, lo que él de veras fue. He aquí, por otra parte, unas líneas en que Marañón apunta —o sugiere— la real integridad de su vida personal; en ella nos dice o nos deja imaginar todo lo que él de veras quiso ser. ¿Queréis que recordemos la grandeza y la ejemplaridad de su autor, el escritor Gregorio Marañón, examinando a la luz de ese texto las tres determinaciones capitales de su pública personalidad: su condición de médico, su condición de hombre en el tiempo y su condición de español?

Es médico el hombre que técnica y profesionalmente ayuda a suprimir, o siquiera a aliviar, ese peculiar modo del dolor humano a que solemos dar el nombre de «enfermedad». ¿Es posible la ambivalencia en el oficio del médico? Si éste lo es por vocación, si en la práctica de serlo no le mueve la mera voluntad de lucro, la respuesta, por extraño que parezca, tiene que ser afirmativa. A un lado, la voluntad de ayudar del mejor modo posible a todo posible enfermo, y por tanto la firme resolución de abolir la diferencia —tradicional en Occidente, desde la Grecia antigua hasta nuestro siglo— entre una «medicina para ricos» y una «medicina para pobres». A otro lado, el descubrimiento de las imperfecciones humanas y técnicas que suele llevar consigo, hasta en los países más y mejor socializados, la única vía por la cual tal abolición puede efectivamente conseguirse: la colectivización de la asistencia médica. Ambivalencia, pues. ¿Cómo conducirse en ella, cuando de veras se la vive? Cada situación histórica tiene sus posibilidades y sus exigencias. Pues bien, voy a deciros lo que en la suya hizo Gregorio Marañón. Por lo pronto, algo sin lo cual todo lo demás quedaría en ser mera palabrería o apostolado falso: cumplir ejemplar y cotidianamente sus deberes de médico de hospital. Luego, protestar y denunciar; ser «contestatario», como ahora es moda decir. Ahí está su «campana juvenil, y por juvenil, violenta» —suyas son estas palabras— contra las miserables condiciones en que hacia 1915 eran atendidos muchos enfermos en las salas del viejo Hospital General; ahí el valiente artículo —«Los muertos de hambre» era su título— donde como médico sensible a las injusticias de la sociedad en torno comentaba el resultado de la autopsia de los pobres hombres muertos en la calle con un poco de alcohol en el estómago. Y tras la protesta —violenta, si era necesario—, la obra. ¿Necesitaré transcribir una vez más su regla didáctica y su práctica cotidiana de tratar a los enfermos de hospital «como si fueran caballeros de la Tabla Redonda»? ¿Habré de recordar

de nuevo cómo puso en juego toda su influencia social, y también su dinero, para que en una zona muerta del Hospital General de Madrid fuese edificado el hoy modesto, pero entonces ejemplar Instituto de Patología médica? Y tras el diario cumplimiento del deber, tras la protesta y la obra, la leal, pero adoctrinadora, nunca adulatoria comprensión de las nuevas formas de la asistencia médica. Leed, para advertirlo, el discurso que pronunció ante sus discípulos cuando éstos celebraron las bodas de oro del maestro con el ejercicio hospitalario de la medicina.

Otras ambivalencias hay en el médico de hospital que lo es por vocación; por ejemplo, la que existe entre su deber de asistir al enfermo y su deber de investigar lo que es la enfermedad, dos tareas que exigen, cada una a su modo, *full-time*, dedicación completa. Pero debo limitarme a mencionarla, porque ahora quiero examinar más de cerca cómo el escritor Gregorio Marañón supo ser ambivalente, y serlo de manera ejemplar, en cuanto hombre en el tiempo y en cuanto español.

Debemos a Marañón la concisa y atinadísima formulación de uno de los más importantes deberes sociales del hombre: ese que él llamaba «patriotismo del tiempo», la honda y grave obligación de amar y ser fiel a la época en que a uno le ha tocado vivir. Y el ser «patriota del tiempo», ¿no es un hábito moral que lleva en su seno, cualquiera que sea la época en que se exista, una siempre delicada y muchas veces dramática ambivalencia?

Desde que en rigor ha comenzado el siglo xx, desde que terminó la que entonces llamaron «Guerra Europea» y hoy llamamos «Primera Guerra Mundial», ser «patriota del tiempo», amar lealmente la situación histórica en que se vive, exige, cuando uno es algo más que un fanático partidista y no quiere ser—hay tantos—mero empresario de la propia comodidad, exige, digo, ser fiel a dos grandiosas instancias colectivas: la libertad civil de la persona, inexcusable modo de vivir desde que para todos los mortales lo proclamó la Revolución Francesa, y la cabal justicia—o una satisfactoria aproximación a ella—en el disfrute de los bienes terrenales, inesquivable y planetario deber social desde que la subversión obrera del siglo xix logró colocarlo sobre el corazón y la cabeza de todos los hombres. ¿Son o no son armoniosamente conciliables estas dos soberanas instancias? La punzante realidad de la *poverty* en los Estados Unidos, país en que brillan la riqueza y la libertad, el fracaso reciente de la lucha por la libertad de Checoslovaquia, nación donde la justicia social era ya dogma y regla, ¿no pone la zozobra en los senos del alma más dada a la esperanza? Pero tanto la libertad civil como la justicia social tienen, por modo inabdicable, su razón propia; las dos son hondos imperativos morales

para el patriota de este tiempo, y de ahí la ambivalencia que frente a ellas siente dentro de sí todo liberal bien nacido. En nuestro caso, la ambivalencia que como hombre de su tiempo sintió el liberal Gregorio Marañón. En cuanto yo sé, nunca salió de ella; pero quien atenta e íntegramente lea al escritor Marañón, pronto descubrirá que no se limitó a sufrirla en silencio, que supo hacer de ella —en medio de su absorbente, inmensa tarea de médico— constante manantial de expresión.

¿Cómo? Predicando la libertad civil, con la palabra y con el ejemplo, entre los que por egoísmo o por fanatismo la desconocían o la negaban, y dando fe del imperativo de la justicia social, en cuanto médico y en cuanto simple hombre, entre los que a su lado convertían la libertad política en cómodo beneficio público y privado. Más aún: percibiendo con nítida claridad la sed de amor —de un amor, claro está, no retórico y sentimental, sino operativo— que desde la revolución industrial, y aun desde antes, había en las almas de los titulares de la subversión proletaria. Respecto del Marañón predicador de la libertad civil, todo o casi todo se ha dicho; respecto del Marañón que tan sinceramente sentía dentro de sí mismo el otro término de esta ambivalencia, muy poco. Algo quiero decir yo. Y puesto que hablo del escritor, del gran escritor que él fue, os invito a leer y a meditar varios textos suyos: su expresiva semblanza del médico Jaime Vera en *Raíz y decoro de España* (en ella hace ver cómo la savia socialista rejuvenece y pone al día el espíritu liberal del siglo XIX); el artículo en que bajo el título «El consuelo del dolor» muestra sinceramente —bajo los matices que le imponen su humanismo y su personalismo de «intelectual»— su honda solidaridad histórica con los obreros componentes de una manifestación del Primero de Mayo, la de 1920; las significativas líneas con que, ya varón maduro, ya no joven impetuoso y «contestatario», comenta la impresión que le produjo su primera lectura de la trilogía *La lucha por la vida*, de Baroja: aquellas tres novelas (nos dice)

fueron como tres brechas abiertas en la ceguera egoísta de los burgueses incomprensivos, por las que irrumpieron las hordas famélicas de pan y amor... A partir de entonces, el ansia de renovación social cobra en la juventud española ímpetu y carácter;

o, ya como escritor médico, estas hermosas líneas de denuncia social que contiene uno de sus mejores libros clínicos, *La edad crítica*:

Recordemos tantas y tantas pobres mujeres de los pueblos de Castilla, singularmente de las provincias más míseras —Ávila, Guadalajara, Segovia—, que pasan por las consultas del hospital, avejentadas

en tales términos, que muchas veces hemos hecho la experiencia de calcular su edad antes de preguntársela, resultando quizá con diez, con quince años menos de la que se les suponía. Sin duda, la enorme diferencia física que existe entre una de esas desgraciadas y la frescura juvenil que paralelamente a su función sexual logran conservar hasta edades avanzadas otras mujeres de medios económicos abundantes, está sobradamente explicada por la enorme diferencia que separa la existencia miserable de las primeras, azotadas de un modo bárbaro por la vida, y las que suelen concretar toda su actividad en el culto de su persona, porque se lo permite el ambiente económico en que viven y también, casi siempre, la ausencia completa de inquietudes interiores.

Basten como botones de muestra estos pocos ejemplos. Quienes a través de la conversación amistosa o de la efusión epistolar hayan conocido, en cuanto hombre de su tiempo, a Gregorio Marañón, ¿podrán negar que esta fecunda ambivalencia entre el amor a la libertad civil y el imperativo de la justicia social fue, hasta su misma muerte, una de las más profundas claves de su vida?

Y por fin, su ambivalencia como español. Quien entre Irún y Gibraltar no haya sido un fanático de esta o la otra facción o un evadido hacia el quehacer o el gusto de cada día, ¿ha dejado acaso de sentirla en las entretelas de su alma, desde los ya lejanos años del proceso de Olavide y la prisión de Jovellanos? La visión y la pasión de dos Españas hostiles entre sí, tantas veces a muerte, ¿podía no engendrar una desgarradora ambivalencia en el corazón de los españoles que en todo español decente, cualesquiera que hayan sido el color y el mote de éste, han querido ver un hermano? ¿No fue acaso esa vieja ambivalencia de los hispanos bien nacidos la que hizo escribir a Marañón el párrafo que al comienzo leí?

Vedle en 1938, a través de las páginas en que como escritor—como fino artífice de aquella prosa suya fluyente y cristalina, como autor de aquel su inolvidable decir de arroyo serrano—una y otra vez se dice a sí mismo. Noblemente, gravemente, sinceramente, Marañón ha revisado una parte de su vida. ¿Quién, como no sea un marmolillo, un logrero o un frívolo, no se ha sentido movido a esto al llegar a la madurez?

Aun los hombres más íntegros—escribía Marañón en 1934—experimentan, conforme la vida avanza, la inevitable deformación que producen, en el pensar como en la anatomía, los golpes de fuera y los de dentro. Al llegar a cierta edad, gran parte de nuestra personalidad está hecha de aspiraciones frustradas y de rectificaciones. Lo importante es no renegar de ellas, porque son tan noble fuente de la personalidad como la misma fe.

Marañón, noblemente, gravemente, sinceramente, acaba de revisar una parte de su vida personal, la relativa a su intervención en la vida pública de España. ¿Para qué? ¿Para renegar de sus principios, para ser—en el mal sentido del término—un «converso»? No: para decir que la República de 1931 había sido poco socialista y torpemente liberal; para acusarse de no haber proclamado oportuna e importunamente—«afrentando el encono de los amigos y el elogio de los enemigos»; eso que él, con tan espléndida frase, decía haber visto en la conducta de don Miguel de Unamuno—las exigencias políticas, intelectuales y morales del verdadero humanismo; para decir en público que él, a su juicio, había cometido un error. Bien. Respetemos la exquisitez moral de quien así sabe hacer el examen de su conciencia política. Pero una contemplación atenta de la vida de Marañón entre 1931 y 1936—sus acciones, sus palabras, sus silencios—, ¿no es cierto que reduce al mínimo las dimensiones de ese posible «error» suyo? Y desde la altura de 1970, cuando entre nosotros parece haberse hecho hábito la práctica del examen de la conciencia propia en la conciencia del vecino o en la del adversario, ¿qué español honrado podría lanzar sobre Marañón la primera piedra?

Si se me permite el atrevimiento de buscar retrospectivamente en el alma de Marañón, yo diría que en él, desde 1936, sigue viviendo, aunque bajo circunstancias nuevas, su constante, medular ambivalencia de español sensible y bien nacido. Recordadle, si no, en los años finales de su vida. ¿Qué hace entonces don Gregorio, además de seguir trabajando sin descanso? Instalado en sus indeclinables convicciones personales y en la cima de su prestigio social, trata cordialmente a todos, y especialmente a los vencidos; concede con largueza el regalo de sus prólogos a quienes de él lo solicitan; mantiénese amigo de quien antes lo era, aunque el mar y el exilio estén de por medio—¡cuánto no enseñarían, a este respecto, docenas y docenas de cartas suyas!—; sigue con atención generosa el balbuceo o el vuelo de cuanto acontece en la vida intelectual y literaria de España; colabora, desafiando comentarios, en cuanto represente un recuerdo de la ciencia del lejano ayer o una promesa de ciencia en el mañana incierto.

Ha estado con todos y para todos, sin regateos ni tacañerías—escribía a raíz de su muerte Dionisio Ridruejo—; y si puede decirse que ha estado pródigo, derramado, ofrecido, nadie podrá decir que haya aceptado jamás presión o conformidad externa, que haya soportado librea o disfraz, que haya disimulado en algún momento al hombre hecho desde sí mismo, al genuino e invariable rector de su propia conducta.

Nunca como entonces fue Marañón, añado yo, personal señor de sí mismo, hombre que en medio de la fama habladora e inquietante ha

alcanzado al fin esa rara mezcla de serenidad y melancolía que a veces logran los egregios.

Un día, ya en los últimos años de su vida, me recordaba don Ramón Menéndez Pidal en un rincón de la Academia Española aquel estremecedor epitafio ideado por Larra —«Aquí yace media España; murió de la otra media»—, y lo apostillaba así:

—Laín, hay algunos que ni con eso se conforman, y a la media España restante con vida querrían reducirla sólo a un cuarto de la España total.

Si a mí me pidiesen convertir en palabra la entrañable ambivalencia de Marañón como español, yo diría: «Fue un hombre que quiso que existiesen con vida y eficacia, en emulación constante, no las dos mitades o los cuatro cuartos de España, sino, por lo menos, un cuarto más.» Porque él aspiraba no sólo a que España «fuese entera», sino a que España «fuese más».

¿A dónde conduce la ambivalencia del hombre que de veras —tan de veras como nuestro Marañón— la siente en sus entrañas? ¿Cuál puede ser su término? Comentando las discrepancias, en apariencia insalvables, de los filósofos de todos los tiempos, escribía hace poco Paul Ricoeur:

Yo espero que todos los grandes filósofos son y están en la misma verdad y que tienen la misma comprensión preontológica de su relación con el ser. Pienso, en consecuencia, que la función de esta esperanza es mantener el diálogo siempre abierto e introducir una intención fraterna en los más ásperos debates. La historia sigue siendo polémica, pero queda como iluminada por esa postrimería que la unifica y eterniza.

Algo más esperaba Marañón de los tártagos que la ambivalencia pone tantas veces en el espíritu de los hombres generosos y sensibles; porque pensaba —recordad sus palabras— que a costa de esos tártagos avanza el mundo, sin que alcancen a despeñarlo la extremosidad de los impulsivos y la duda cautelosa de los tímidos.

Amigos de Gregorio Marañón: a los diez años de su muerte, seamos verdaderamente fieles a su autenticidad y a su integridad, y con la palabra y la obra —sin ellas, todo quedaría en humo sentimental— esperemos como él que en España y en el mundo sea cada vez más real, a través de las discrepancias y los tártagos, su noble y limpio humanismo, el humanismo de la libertad y la justicia; una justicia que él, tan hondo, tan humano, no querría concebir sino como amor.

PEDRO LAÍN ENTRALGO
Ministro Ibáñez Martín
MADRID-3

MARAÑÓN, MEDICO HUMANISTA

POR

JUAN JOSE LOPEZ IBOR

Claudio Bernard dijo un día a sus discípulos: «La medicina científica que tengo el deber de enseñaros no existe», afirmación aparentemente extravagante, pero que Marañón sentía como real.

Yo he dicho alguna vez —son sus palabras— y ahora lo repito, que si me dieran a elegir, para conocer a un enfermo, entre los antecedentes y la exploración, yo elegiría aquéllos; y prefiero un estudiante que recoja con inteligencia y minucia el pasado biológico del paciente recién venido a la consulta, que el que más se aplica a percutirle y auscultarle para definir su estado presente: como si la enfermedad acabase de caerle encima desde otro planeta.

Y no es que Marañón no estuviese profundamente dedicado al estudio «científico» de los enfermos. Véase claramente su postura en las líneas que dedica a Letamendi y a Cajal, las dos grandes figuras que le antecedieron; pero Marañón sabía que la enfermedad no era sólo un proceso natural, biológico en sentido estricto, sino un acontecer humano. Si hablo de Marañón como médico humanista, es precisamente para subrayar su percepción de la *condición humana* de los enfermos.

La palabra humanista puede tomarse en varios sentidos. El humanismo nació con la rememoración de los ideales y conocimientos de la antigüedad clásica. Otros significados ha ido tomando en el curso del tiempo; pero al aplicarle a Marañón este calificativo quiero subrayar no sólo su sensibilidad ante la *condición humana*, sino también su esfuerzo, como médico, en comprenderla. Lo hacía diariamente en la clínica y lo hizo también en esas magníficas «biografías biológicas» que pertenecen a lo mejor de su producción literaria.

Eso que se llama en el *argot clínico*, «tomar los antecedentes», y que científicamente se denomina *anamnesis*, es una captación de la personalidad del enfermo, que nos permite acercarnos a su *pathos*, a su dolor, a su sufrimiento, constituyéndolo —y ese aspecto no debe olvidarse— en fuente de conocimientos. El enfermo vive su enfermedad a través de dolores que ante el médico aparecen, al mismo tiempo, como *síntomas* que le permiten reconocer en qué consiste aquella en-

fermedad. Un reputado internista actual, Höggling, ha dicho que podía diagnosticar el 80 por 100 de los enfermos con sólo la anamnesis. Es lo mismo que hacía y podía hacer Marañón. Las técnicas vienen después a facilitar el diagnóstico en el 20 por 100 restante y a perfilarlo en otros muchos casos; por eso se lamentaba Marañón de que el llamado «ojo clínico» perdiese importancia día a día. Lo está sustituyendo el examen metódico del enfermo, por técnicas diversas y médicos diversos también, unidos al final, en su síntesis diagnóstica. Sin embargo, agregaba, «es preciso insistir en la necesidad de conservar el arte diagnóstico».

Y hoy mismo los más inclinados a usar al máximo las computadoras en la práctica médica dicen que tales técnicas no deben reducir el tiempo de la anamnesis, sino dejarle más tiempo libre (1).

¿Y en qué consiste ese «ojo clínico» y ese arte diagnóstico, virtud personal e intransferible de que tanto habla Marañón?

La persona humana no puede conocerse por modo recto, sino oblicuo. Este conocimiento oblicuo del que hablan los filósofos es el que opera en la anamnesis y se percibe mediante «el ojo clínico». No se trata sólo de poner en relación un dolor con el lugar de origen, sino de algo más, de penetrar en la medula vital del otro ser, lo cual no puede hacerse sino mediante el diálogo de las palabras, de la mirada, de las actitudes. El ser humano, sano o enfermo, nos muestra sus luces y sus sombras.

Para su conocimiento necesitamos iluminar sus zonas opacas, como en lo material nos lo iluminan los rayos X. Y para iluminar esas zonas opacas se necesita una capacidad especial en aquel que trata de hacerlo. No se trata de ese intento de racionalización y naturalización del inconsciente que se propuso Freud. Marañón vio muy claro este problema:

Entrar a zancadas y con los zapatos sucios en la última morada de la conciencia de los hombres y remover el poso de residuos que un divino cedazo arroja a los suburbios de la conciencia, con razón y para que se esté allí quieto, me parece sencillamente pecaminoso y bárbaro. Pero dos o tres de las líneas generales de la concepción freudiana.

(1) En la anamnesis se integran las siguientes operaciones:

- 1) Recoger síntomas y reconocer su significación.
- 2) Los síntomas son experiencia de momentos de vida y por tanto «pruebas funcionales».
- 3) Formarse una idea de la personalidad del enfermo, y por tanto de su actitud ante la enfermedad. Descubrir la atmósfera social, familiar y heredobiológica que le integran.
- 4) Crear la relación entre enfermo y médico, que resulta más compleja de lo que a primera vista parece.
- 5) Iniciar la terapéutica en forma de catarsis. El enfermo empieza a descargarse del peso de su enfermedad.

na del espíritu son, sin duda, esenciales y marcan un rumbo nuevo y una etapa fundamental en el conocimiento de nuestra alma. Y lo más importante de esa nueva actitud es, a mi juicio, la enorme valoración de la individualidad del enfermo.

¿En qué consiste ese «divino cedazo» del que habla el maestro? Según el psicoanálisis, la curación debe llegar por la anulación de la represión que condena a las cavernas del inconsciente recuerdos o «residuos» que si vuelven otra vez a la conciencia se ven desposeídos de su valor patógeno. La frase lapidaria de Freud fue: «El *ello* tiene que convertirse en *yo*.» No es ésta una afirmación que hoy día se pueda sostener, sin un retoque fundamental, porque ocurre algo más, y es que la curación consiste también en que lo que accedió al *yo* se convierta en *ello*. La salud consiste en el silencio de nuestro cuerpo; la salud psíquica también exige el silencio de los fantasmas, so pena de convertirse uno en obsesivo o anancástico. Necesitamos, para vivir, no sólo recordar, sino olvidar. Recuerdo y olvido cuyo misterio merecen esa pulcra definición de «cedazo divino» que les da Marañón.

Marañón siempre fue sensible captador de los límites en el conocimiento de lo humano. Hablando sobre el mismo tema en otra parte decía: «por que cuando desmenuzamos un hecho o una idea o un semejante nuestro, a la vez que lo estamos conociendo, sin quererlo, lo estamos inventando. En el fondo, conocer hasta los límites, hasta el agotamiento, tiene mucho de inventar. Y el médico no debe inventar nada». Este respeto a la condición humana y a su misterio empapa su pensamiento y su obra toda.

El enfermo cuando cuenta su historia descubre los límites de su situación en el mundo: cuándo el trabajo se le hace insostenible o difícil, cuándo se frustra en sus empeños y tareas. Y lo hace, además, proyectado sobre el mundo en que vive o en la vida que se ve obligado a hacer, les culpa de su desgracia. De este modo realiza una operación mágica y mistificadora: la de mantener su identidad: «él es siempre el mismo», proyectando sus fallos sobre el «afuera». En ese afuera está también el médico; pero Marañón sabía, con dos o tres preguntas concretas, desvelar esa metablética que se escondía tras las palabras del enfermo. Metablética que era posible porque la enfermedad le obligaba a disociar su núcleo personal de su continente corporal. Disociación que siempre hay que evitar si se quiere salvar al enfermo como persona.

Marañón se mostró siempre muy agudo en la percepción de los pequeños síntomas. Recuerdo muchas de las lecciones que le oí siendo estudiante cuando en algún viaje a Madrid podía escucharle en su servicio; me llamaba la atención su capacidad para descifrar esas «pe-

queñas percepciones» que, como decía Leibnitz, nos dan noticia de nuestro estado corporal.

La percepción de la corporalidad se integra en eso que los clásicos llamaban el «ojo clínico». Esto suponía, además de lo que hemos dicho antes, una forma de intuir la manera de estar alterados los procesos vitales en cada enfermo, de descubrir las líneas de despliegue de lo que siguiendo a Carus podríamos llamar *inconsciente vital*. Su dinámica les permitía percibir en cada caso, individualizado y personalizado, esa peligrosa y difícil operación de pronosticar, ahora reducida, en la medicina moderna, a cifras y porcentajes que no satisfacen a los enfermos, porque quedan siempre en la duda de a qué grupo pertenecen. Me ha maravillado siempre la exactitud con que Potain pronosticó la duración de la enfermedad de Charcot cuando le asistió en la primera crisis de angina de pecho.

Resulta evidente que la vocación endocrinológica de Marañón se hallaba determinada por su actitud personal ante el misterio de la persona humana. Es necesario buscar la costura entre el alma y el cuerpo, como decía Novalis, y que en la enfermedad tiende a desplazarse o disociarse. Esa costura en los tiempos de su formación médica se pretendía encontrar en la fisiopatología de las glándulas de secreción interna. Decía el 7 de septiembre de 1930 ante la Sociedad Peruana de Neuropsiquiatría:

La endocrinología, la novia que yo me había creado, tenía muchos puntos de contacto con la neurología y la psiquiatría. Los problemas se rozaban constantemente. Y sólo me permití ser fiel a mi mujer legítima y a la vez flirtear a diario con la novia de la juventud. Nunca he dejado de leer cuanto he podido de las materias psiquiátricas.

No necesitaba leer demasiado. Su conocimiento intuitivo del corazón humano le bastaba.

La enfermedad actúa como una *aleteia*, o sea, desvelando la trama de nuestra existencia. Y ese gran secreto que revela la enfermedad consiste en reconocer que en nuestra vida existe la posibilidad de la no existencia, o sea, de la muerte. Vida y muerte son como dos actos de un solo proceso. En la introducción a su libro *Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición* dice:

En la complejidad de los organismos avanzados se hace necesario un sistema que relacione unos con otros los órganos más distantes, ya que cada uno tiene que funcionar de un modo preciso, *consciente*, por decirlo así, de la función de los demás.

Y del mismo modo que Claudio Bernard decía: «cada órgano, cada tejido, cada célula posee su secreción interna», Marañón venía a

decir que poseía además su sistema nervioso y su vida psíquica. Y más adelante añade:

... en conclusión, un cierto número de causas patológicas, al impresionar al organismo producen indistintamente un estado diabético o un estado hipertiroideo.

Desde primera hora, Marañón supo ver la enfermedad, no como un proceso de causalidad monolinear, sino como una *pluralidad* en la unidad, que es lo que caracteriza a la dinámica humana. Un pensamiento que llevó después a F. Kraus a incluir en el concepto de «persona profunda» desde los iones hasta los instintos y sentimientos. La opacidad de nuestra vida no consiste sólo en los recuerdos olvidados, como decía anteriormente. La opacidad está en nuestro mismo cuerpo, silencioso cuando está sano y susurrante o gritón cuando está enfermo. Si grita es porque se siente desgarrado. El dolor escinde y por eso es fuente de conocimientos. El inconsciente no está constituido sólo por la zona periférica que rodea a la claridad de la conciencia, ni por los recuerdos personales ni por los arquetipos colectivos, sino también por ese *inconsciente vital*, al que he aludido antes, que forma nuestro cuerpo con sus regulaciones endocrino-nerviosas. En los últimos años de su vida, Marañón cada día prestó más atención a esos aspectos de regulación neurofisiológica en relación con el metabolismo y las alteraciones endocrinas, como se vio en su descripción del síndrome ABO.

No se puede hablar de Marañón como médico humanista sin mencionar, siquiera sea de pasada, su concepción de la sexualidad expuesta con la claridad y brillantez inigualada en numerosas publicaciones. Oliver Brachfeld hizo una crítica muy agresiva de su tesis sobre la intersexualidad. Le incitó a la crítica una anécdota que el propio Marañón refiere en su contestación a Brachfeld:

Hace algunos meses —dice— me fueron entregados varios trabajos que se habían presentado a concursar al premio instituido por mí en la *Gaceta Literaria* para laurear un estudio de crítica sobre cualquier libro biológico. Estos trabajos se referían al libro de Monakow, *Biologische Einführung in das Studium der Neurologie*, etc.; al libro de Hertwig, *Génesis de los organismos*; al de Rostand, *De la Mouche a l'homme*; al de Folin, *Análisis biológico*; al de Marañón, *Amor, conveniencia y eugenesia*; a otro, sobre el mismo libro, y al de Marañón, *Los estados intersexuales*. Este último estaba redactado por D. F. Surda. El trabajo del doctor Brachfeld no fue, pues, incluido en el concurso. Ignoro la razón. El premio fue concedido al primero de los estudios citados. Quedan, pues, desvanecidas las dudas del doctor Brachfeld. La tardanza en la solución del concurso se debió a causas ajenas a la voluntad de todos.

El autor de aquel trabajo premiado era un estudiante en el filo de terminar su carrera de Medicina y que os dirige en este momento la palabra.

Nunca he comprendido las razones de Brachfeld para este ataque y que él quiso explicarme en una carta, puesto que teóricamente Brachfeld no era más que un psicólogo discípulo de Allers y cuyas ideas, desde el punto de vista psicológico, tenían una gran correspondencia con las que Marañón sostenía desde un punto de vista biológico. Fue Allers el que resucitó en la literatura contemporánea el viejo adagio latino que dice *Omne animal post coitum triste es excepto mulier et gallo*, que tan bien señala la diferencia entre la vida sexual del hombre y la de la mujer tal como se halla interpretada por Marañón.

Nuestro maestro sostiene la existencia de una intersexualidad primaria y aunque esta idea comenzaba por entonces a ser enunciada por diversos autores, no cabe ninguna duda acerca de que en los trabajos de Marañón se hallan numerosas aportaciones personales al conocimiento de la evolución de los sexos. La evolución de ambos es tendente a la diferenciación y de aquí que sostenga que la unión monógama supone la superación en la escala biológica de ese proceso de diferenciación; por otra parte, señala que el ritmo evolutivo es distinto en el hombre que en la mujer y que dentro de la normalidad hay como una fase de matiz feminoide en la pubertad masculina, como la hay de matiz viriloide en el climaterio femenino. No le escapó la postura excéntrica del varón, y de ahí sus comentarios a la significación del sexo y del trabajo en los mismos.

Aparte de estas tesis generales, Marañón publicó numerosos trabajos llenos de contenido clínico y fisiopatológico; por ejemplo, la descripción de los rasgos intersexuales, tema ahora muy sobre el tapete. Cuando yo leí la primera edición de su libro sobre la intersexualidad, me quedó grabada una observación de Marañón, y es la siguiente: los rasgos intersexuales femeninos aparecen más en el lado izquierdo del cuerpo, y al revés. O sea, la existencia de una asimetría de los caracteres sexuales. Mucho después se me ha revelado la importancia antropológica de este hecho, puesto que la mitad izquierda del cuerpo es la mitad pasiva o femenina, como decían los pensadores románticos. Así, en los casos de histeria, se ve un predominio en el lado izquierdo del cuerpo de todos los síntomas que suponen pasividad, tales como las parálisis y las anestias, y en el fondo se podría afirmar que el lado izquierdo del cuerpo es prevalentemente *pático*, en tanto el lado derecho del cuerpo es más *activo* o masculino en el anterior esquema antropológico.

Su concepción del *Don Juan*, a pesar de alguna observación de

Ortega y de tantos otros, toca muy de lleno a la raíz de la actitud sexual del famoso personaje, revelada en su «necesidad de variación» y en su incapacidad para profundizar en todo lo que de esencial hay en el Eros femenino.

En estos tiempos en que los problemas de la sexualidad están tan a flor de piel en la sociedad contemporánea, una relectura de los libros de Marañón supone una inmersión en un baño de real sabiduría antropológica.

Marañón tenía, aparte de ello, sus raíces bien ancladas en la medicina como Ciencia Natural. Lo que Cajal significaba en la investigación fundamental, lo era Marañón en la clínica. Pero Marañón sabía, además, que la enfermedad no se agota en la investigación científico-natural de la misma por depurada y avanzada que sea, sino que la enfermedad es, como decía antes, angustia y sufrimiento. El enfermo quiere el último remedio, la última explicación. Y el médico como Marañón sabe que el último remedio a veces no es mejor que el penúltimo y que la explicación que pide el enfermo no es el conocimiento científico de la enfermedad; es decir, que el enfermo no busca la verdad, sino la serenidad frente a la angustia que le produce el hecho incomprensible de estar enfermo. (¿Por qué yo, aquí y ahora?). Y esa serenidad no se consigue más que con el carisma del contacto humano con el médico. El carisma brota de la esperanza. Marañón demostró en su vida y en su manera de sobrellevar su última enfermedad que hasta en el borde del sepulcro puede aparecer y se deben cultivar las flores de la esperanza.

Durante muchos años he dirigido un servicio de Neuropsiquiatría al lado del suyo. Esta vecindad me permitió verle de cerca ante los enfermos, muchas veces. Y ahora recuerdo su figura, sus gestos llenos de una sencillez que resultaba carismática por sí misma. Su manera de moverse tenía el mismo ritmo que su lenguaje. Su estilo literario siempre me recuerda la música de Vivaldi o Alberoni. Así era su ritmo interior. Cuando se quiere alabar a un gran médico se recuerda la frase de Hipócrates —el médico que sabe filosofía es como los dioses—. No era ése el Marañón médico. Los dioses del mundo griego son, como sus héroes, trágicos. Marañón venía de otros parajes, de aquellos donde brota la luz y la serenidad que esparcía a raudales con su presencia y cuyo reflejo percibimos en la obra que nos legó. De aquel mundo de luz y serenidad del cual vino a darnos ejemplo y al cual seguramente ha vuelto.

JUAN JOSÉ LÓPEZ IBOR
Pastor, 4
MADRID-3

MARAÑÓN Y ESPAÑA

POR

JUAN ROF CARBALLO

I

Gran osadía la mía pretender abordar de nuevo este tema, «Marañón y España», después que mi amigo Pedro Laín Entralgo, con su doble autoridad de historiador que domina sus técnicas y de español que viene desde hace muchos lustros escudriñando con pasión en el alma de España, lo ha tratado de manera magistral y completa en su *Vida, obra y persona de Gregorio Marañón*. Corro el peligro —bien lo sé— de todos los osados; de, por atolondrado, volverme más osado todavía de lo que mis fuerzas me permiten. Pero he de ser consecuente. A raíz de la muerte de Marañón, en mi conferencia «Marañón el médico» escribí:

Todo gran clínico establece contacto con capas del alma colectiva que, personificadas en los tipos pintorescos o en las frases agudas, o en la forma de quejarse o de enfermar, entran a diario por las puertas de su consulta. Unos se detienen ahí... Marañón fue en esto más allá. Era médico español y le importaba sobremanera saber qué cosas se escondían tras este sencillo nombre; en una palabra, descubrir qué era eso que podíamos llamar la mismidad hispánica, los peculiares acentos de su pueblo. No era por tanto ajeno a las preocupaciones de otras grandes figuras de su generación, y sobre todo de la anterior, tales como Unamuno, por el que sentía una admiración absoluta y radical, Azorín u Ortega y Gasset. De los cuales nunca podrá decirse hasta qué punto se encontraban a sí mismos a través de la singular contextura del alma hispánica, o hasta cuál trataron de descubrir esta singularísima arquitectura del alma de nuestro pueblo desarrollando su propio pensamiento, esto es, su propia mismidad (1).

En estas palabras mías está en germen una idea que en estos últimos diez años me ha llevado al convencimiento de que la relación que puede tener un gran escritor con su país no queda circunscrita a su amor por él, por sus glorias pasadas o a la preocupación por su futuro. El proceso discurre por cauces mucho más hondos y hasta ahora

(1) «Marañón, el médico», en «Medicina y actividad creadora». *Revista Occidente*. Madrid, 1964.

apenas explorados. En suma, pienso que el nombre, para llegar, a lo largo de su existencia, a las más profundas simas que determinan la continuidad de su persona a lo largo de la vida, ha de bucear en los arcanos que, desde la historia más remota, vienen condicionando la historia de su pueblo, haciendo que se deslice por insospechados vericuetos. Pienso también que esta labor de minearía o de prospección histórica se hace, en su parte más valiosa, en forma inconsciente, no como propósito intelectual. Se lleva a cabo, como ya apuntaba en las palabras antes citadas, en tanto el hombre se busca a sí mismo, en apariencia despreocupado de sus antepasados y de las vicisitudes que la historia de su país registra como hechos circunstanciales o pintorescos. Un día, descubre que esto no es así, que lo que ha hecho con su acción, con su palabra, con su labor creadora, es continuar, sin saberlo, un oscuro empuje histórico. Que, en una palabra, buscándose a sí mismo o tratando de encontrar lo que uno mismo es, lo que estamos haciendo es contribuir a que la colectividad en que hemos nacido, en nuestro caso España, vaya también encontrándose en lo más profundo de su ser.

Señala en varios momentos de su estudio Laín cómo Marañón tenía la preocupación de España. En su patriotismo; que divide en dos vertientes: la eufórica o ditirámica y la crítica. El hombre ama a su patria en tanto cumple el doble imperativo del conocimiento y del amor de perfección. Conocimiento de la tierra, de la hazaña pretérita, de la concreta humanidad actual. Amor reformador en el cual Marañón «heredaba la actitud crítica y el afán perfectivo que desde Feijoo, y a través de Moratín, Jovellanos, Larra, Costa, Giner y los hombres del 98, es tradición constante en nuestra historia. La escasez de nuestra producción intelectual y científica, la ausencia de crítica impersonal y rigurosa en nuestros hábitos intelectuales, una religiosidad que propende al abuso inquisitorial, enemiga también de la pesquisa científica, la conversión de la injusticia social en hábito, la hostilidad y envidia frente al que triunfa, la penuria de ternura en el alma hispánica, la deformación del pasado con arreglo a nuestros deseos infantiles de que haya sido de otra manera». Todas estas manquedades, paradójicamente, no alimentaban una complacencia masoquista o destructora; antes bien, servían, de manera curiosa, de raíz al impertérrito optimismo con que Marañón creía en las fuerzas positivas del alma hispánica, bien manifiestas en el labriego y en el hombre humilde que acudía a su consulta del hospital y—¿por qué no también?—en el hombre hispánico prócer que conocía mejor que ninguno, por haber sido muchos de ellos sus compañeros de juegos infantiles.

Laín se da perfecta cuenta de que en el amor de Marañón por los

estudios de la historia de España late también una preocupación personal. La vocación historiográfica de Marañón, nos dice, viene de su preocupación por comprender la vida humana. Recuerda la frase de Marañón: «La tarea de leer libros y documentos históricos es muy parecida a la de leer historias clínicas.» Pero, además, comenta con perspicacia, Marañón, «con arrogancia de hombre seguro de sí mismo y con humildad de médico-historiador primerizo», se aventura a afirmar —en su *Ensayo biológico sobre Enrique IV*— que

...se puede aplicar al conocimiento de ciertos puntos históricos los métodos de la fisiología y de la patología... proyectar la luz de los recientes progresos en la fisiología del carácter y de los instintos humanos, sobre el espíritu y el cuerpo, todavía identificables, en el fondo de sus tumbas, de un rey remoto y de algunos de los que le acompañaron en su paso por la vida (2).

Esta aparente arrogancia ocultaba una natural prudencia y timidez. Esa misma prudencia y timidez con la que, benévola, trata de definir la complejísima y tortuosa psicología de Felipe II. Todavía esa poderosa arma de investigación del alma humana que es el método psicoanalítico estaba en mantillas. En varias ocasiones se pronuncia Marañón frente a él, con lógica desconfianza. En el prólogo al libro de Jean Vague *La différenciation sexuelle humaine*, en 1953, reprocha a la obra de Freud que ha faltado en ella «el acento universal que debe tener lo individual para alcanzar su máxima eficacia». No era en esto justo Marañón. Precisamente a partir de unos trabajos de Freud que, en su tiempo pudieron parecer intrascendentes, iba a desarrollarse una vigorosa fecundación de la Antropología llamada cultural y del estudio del hombre, no en una latitud histórica o geográfica determinada, sino en su máxima universalidad. Para no citar más que el autor que ahora más nos interesa, Erikson, en 1958, aplica esos «métodos de la fisiología y de la patología» que Marañón sugirió muchos años antes que podían servir para entender la historia, a la biografía de Lutero. Es un libro importante. Escuchemos algunas de sus conclusiones; en lo que este autor denomina, con expresión claramente médica, el *metabolismo de las generaciones*.

Cada vida humana comienza en un determinado período y en un determinado nivel de una tradición que está evolucionando. Aporta a ella un capital de energías y de estilos, que emplea para crecer él, a la vez que con ello crece el proceso social y contribuye a este crecimiento. Todo nuevo ser es recibido dentro de un estilo de vida preparado por la tradición y que ésta, por un lado, consolida y por otro

(2) P. LAÍN ENTRALGO: *Vida, obra y persona de Gregorio Marañón*. Introducción a las *Obras completas* de Gregorio Marañón. Espasa-Calpe, Madrid, 1966.

desintegra... Hay una síntesis óptima del yo a la que todo individuo aspira y hay, asimismo, un metabolismo social óptimo que anhelan las sociedades y las culturas. Al describir la interdependencia que existe entre esta aspiración del individuo y este anhelo de la sociedad, estamos describiendo algo que es indispensable para la vida humana.

Señala Laín cómo, entre 1935 y 1936, el médico-historiador Marañón da un paso decisivo: «Pasa a ser historiador sin salvedades ni restricciones, historiador pleno y cabal.» Recuerda el interrogante del ensayo sobre Enrique IV: «¿Qué tienes tú que ver, fisiólogo, con la Historia?» Hasta entonces, Marañón escribe libros de biólogo. Pero ha surgido en la vida del hombre Marañón una experiencia crucial, experiencia que, por alguna razón secreta, la historia de España suele deparar a sus hijos: la experiencia del exilio. Esto es lo que determina que Marañón, hasta entonces «médico que conoce con rigor la técnica historiográfica», se convierta en historiador hecho y derecho, especialmente versado en el conocimiento científico de la vida humana. Y, concluye Laín con una bella fórmula: «El biólogo historiador se ha convertido, al fin, en historiador biólogo.»

¡La experiencia del exilio! Todos sabemos con qué cariño estudió Marañón la vida de los «españoles fuera de España», singularmente la de Luis Vives. Quizá la primera idea que le llevó a su *Antonio Pérez* fue también su condición de exilado. Desde el destierro cobra mayor agudeza esa alianza profunda que hay entre las vías que llevan al hombre a encontrarse a sí mismo, entre esa necesidad de todo ser humano de descubrir su identidad, esto es, aquella continuidad que le singulariza como ser personal y único y los cauces profundos por los que discurre la historia de su país, la presente, la pasada y la futura.

II

Cuando Mauricio Barrés departía en el cigarral de Marañón sobre el posible secreto de Toledo, quizá lo que más lejos estaba de la mente de ambos era el libro que al primero dio gran renombre y que se titulaba *Les déracinés*, los desarraigados. Era la novela de unos muchachos de provincia que perdieron, en el torbellino de la vida intelectual parisiense, sus raíces en la tierra natal, mejor dicho, en el *humus* del suelo nutricio. Muy lejos estaban ambos de pensar que este tema del «desarraigo» iba a convertirse, en nuestro mundo contemporáneo, en gigantesca fuerza histórica. Está por estudiar todo lo que nuestra cultura, en sus frutos mejores, debe al nostálgico anhelo que tuvieron de recuperar las raíces perdidas gentes que se vieron obligadas a emi-

grar, por persecuciones políticas o por otros motivos, y a intentar implantarse, buscar raíces nuevas sobre un suelo nuevo. Es imposible comprender lo que un discutido gran historiador de nuestros días denomina, paradójicamente, la «historia del presente», sin ahondar en el hecho, que en nuestra época se ha vuelto circunstancia habitual, del «desarraigo». El mismo problema de la juventud, hoy tan debatido, descansa en parte sobre el hecho de que la adolescencia es, como Erikson señala, un período de «desarraigo» fisiológico en el que el joven se ve, como un trapecista, forzado a lanzarse en el vacío del futuro y asegurar con mano firme su futura identidad.

Hizo Marañón la experiencia del exilio—dulcificada por muchas circunstancias, la compañía de esa mujer admirable que es Lola Marañón, su internacional prestigio, su consagración al trabajo profesional y a la investigación histórica—cuando su propia «identidad», su sentimiento de sí mismo, había sido plenamente confirmada por la elevada y justa imagen que sus contemporáneos se habían formado de su valer. Con certera intuición define Laín «el modo suyo de ser y de sentirse español, mediante una consideración sinóptica de los españoles a quienes él más abierta y complacidamente admiró». Los héroes admirados corresponden siempre a esas «identificaciones» que todo joven necesita realizar, a lo largo de su vida, para irse buscando y definiendo a sí mismo, en sucesivas crisis, que le llevan a adquirir esas cualidades fundamentales de la persona humana: sentirse como unidad, como totalidad y como realidad única, original y creadora. Galdós, en su infancia; Menéndez Pelayo y Cajal, en su adolescencia; más tarde Jovellanos, Vives, Feijoo; quizá muchos otros que no sabemos, constituyeron estas sucesivas «identificaciones».

La identidad personal no se logra si no es mediante «crisis». Crisis a veces brutales, dolorosas, crisis profundísimas. El hombre no sigue en el desarrollo de su intimidad una línea continua, regular. Tampoco la historia. Los modernos historiadores rechazan enérgicamente, tal como hace Barraclough (3), la tesis de la continuidad histórica. Recuerda éste una frase de Bertrand Russell: «El Universo está hecho de puntos y de saltos.» También el crecimiento del hombre. Por madura y formada que parezca la personalidad, el exilio, con lo que en él hay de vivencia desarraigante, es motivo para una nueva «crisis de identidad». Crisis fecunda cuando la personalidad es poderosa y descansa sobre un subsuelo firme; crisis patológica, que está en la raíz de males sin cuento que vemos los médicos a diario, sobre todo en Norteamérica y en el resto de Europa. Al sentirse en el exilio con las raíces al aire, el

(3) G. BARRACLOUGH: *An Introduction to Contemporary History*. C. A. Watts y Co. Londres.

hombre, por bien afincado que esté en la vida, siente la necesidad de ahondar de nuevo en el *humus* de la patria. En su historia. Así veo yo los libros que Marañón escribe a partir de su estancia en París; como tentáculos subterráneos con los cuales rehacer, en un plano más profundo, no ya su propia identidad, que parece no necesitarlo, pero sí eso que con ella va intrínsecamente unido: la identidad de su patria, la identidad de España.

También la historia de las naciones puede concebirse como una busca, a través de crisis, en ocasiones dramáticas y sangrientas, de la propia identidad, de una unidad central, creadora, totalizante. En la que se integra todo lo valioso, se armoniza todo lo disperso y heterogéneo, en la que se intenta llegar a ese ideal de la totalidad en la diversidad que es tan difícil de alcanzar. A primera vista parece que Marañón, al escribir su *Antonio Pérez*, trata tan sólo de utilizar su forzosa ausencia de España para —gran trabajador— llenar algún tiempo disponible. Creo esta interpretación superficial. Cuando leí por primera vez *Antonio Pérez*, hace muchos años, lo hice con la admiración un poco distraída de quien contempla un curioso friso de personajes de otro tiempo, de escaramuzas políticas, una descripción llena de vida y penetrantes, de psicologías, un esclarecimiento metódico y ejemplar de zonas oscuras del pasado hispánico. Lo he vuelto a releer ahora, veintitrés años después de su aparición. Una serie de lecturas y de experiencias me habían sensibilizado para ver en este libro una obra mucho más importante de lo que yo había pensado. Importante, es menester aclararlo, no desde el punto de vista histórico, en el que declaro mi absoluta incompetencia, sino en lo que me afecta como español que, también en «proceso de identidad», se busca a sí mismo tratando de comprender los enigmas, nada simples, que su país ofrece.

He escrito en mi ensayo sobre «Rilke en Andalucía»: «Hay en la vida del hombre de genio una hora emocionante: aquella en la que, en la proximidad de la muerte, realiza su obra más misteriosa y a la vez más insigne y clara» (4). Y recordaba las últimas pinturas de Goya, los últimos quintetos de Mozart, las últimas poesías de Goethe, de Machado. Confieso no haber recordado estas palabras mías cuando, pocos días después de su muerte, recibí con una emocionada tarjeta de Dolores Moya de Marañón y con no menos emoción por mi parte, un ejemplar de *Los tres Vélez*, «su último libro, corregido por él». Me permito sugerir, consciente de mi nula autoridad como crítico y como historiador, que en este libro está la clave que explica los motivos profundos que llevaron a Marañón a ocuparse de la figura del discutido y aventurero secretario de Felipe II. Fijémonos, ante todo, en el sub-

(4) *Entre el silencio y la palabra*. Aguilar, 1960.

título, bien curioso: «Una historia de todos los tiempos». Después, en la introducción, su autor, con denuedo, afirma que lo que vuelve un libro interesante para los demás es que haya sido escrito para uno mismo. Al final de la misma nos dice que los tres Vélez representan prototipos de tres épocas culminantes de la vida española que, «aunque ya lejanas, siguen operando sobre la actualidad de hoy». Recordemos que cada uno de estos Vélez se distingue por intervenir, de manera más o menos decisiva, en tres sucesivas «crisis de identidad» de la historia de España. El primer marqués de Vélez es el que muestra, con claridad mayor, un rasgo típico de crisis. Cuando vacila, en un principio, entre su simpatía por el movimiento de los comuneros y acaba abandonándolos y decidiéndose a tomar el partido de Carlos V, y en forma activa, acudiendo por propia iniciativa a yugular la rebeldía de las germanías en Valencia.

El segundo Vélez, guerrero de talla y fuerzas descomunales, interviene en otra «crisis de identidad», en la guerra de los moriscos, lo que da motivo a Marañón para ponerse, una vez más, como hace al enjuiciar la rebelión de los comuneros, al lado de las fuerzas de unificación, aun reconociendo la pérdida de aptitudes técnicas y en capacidades agrícolas que significaba la expulsión de una raza laboriosa y afincada en el terruño. Las discrepancias en los historiadores cuando enjuician ambas «crisis de identidad» demuestran que, como adelanta Marañón en el prólogo, se trata de cuestiones que «aunque lejanas, siguen operando sobre la actualidad de hoy». Todavía España, en nuestros días —¿y por qué no iba a estarlo, ya que ello es muestra de vitalidad y de horizontes históricos?— sufre, en medida más honda de lo que pensamos, de una aguda «crisis de identidad». Para comprender la cual, en todas sus enmarañadas y prolongadas raíces, importa mucho el recuerdo y debate de las que, en remotos siglos, precedieron a la actual.

Lo que lleva a Marañón a ocuparse de don Pedro Fajardo y Córdoba, tercer marqués de los Vélez, es, en fin de cuentas, su intervención en las intrigas que precedieron al asesinato de Escobedo y, por consiguiente, en el gran pleito histórico que opone a Felipe II contra su secretario Antonio Pérez. ¿Puede hablarse aquí de «crisis de identidad»? Creo que sí y aun a riesgo de impertinencia voy a exponer las razones de mi sospecha.

Antes, he de reconocer que tiene cierta justificación la desconfianza que los historiadores oponen a la intromisión en su campo de los psicoanalistas con sus interpretaciones. No cabe duda que si estas interpretaciones se formulan en forma de pedante descubrimiento o de realidad inconcusa, tal desconfianza es más que legítima. Pero, en reali-

dad, en la clínica, la «interpretación» que el médico hace difiere—lo que no han advertido quienes las equiparan como Ricoeur a la labor de la hermenéutica—de toda otra interpretación. Ya que con ellas no se trata nunca de «establecer una verdad» o de «pretender hallar una verdad», sino de *suscitar una reacción emocional* en el interlocutor, en la «otra persona» que permita a ésta calar a zonas más profundas de aquellas en que habitualmente se mueva y, una vez instalado en estas zonas, a las cuales nunca hubiese llegado sin esta interpretación impertinente y de «sorpresa», *por el mismo*, es decir, *por sus propios medios*, hacer que se alumbre en su espíritu una nueva verdad. El intérprete de lo que hoy empieza a llamarse «psicohistoria» no pretende—esta es al menos mi opinión—ver los hechos históricos de otra manera que la habitual sino, a veces por los mecanismos de *la sorpresa escandalizante*, inducir al verdadero conocedor de estas cuestiones, al historiógrafo, a moverse en planos más profundos de la realidad, distintos de los que habitualmente maneja (5).

En este sentido—y únicamente en este sentido—me parece más que interesante, «provocadora», la interpretación que mi buen amigo y colega, el doctor Cremerius, que dirige en la Universidad de Giessen la policlínica psicosomática, hizo hace dos años de la personalidad de Felipe II. Su trabajo se titula: *Die Reaktionsbildung im Leben Philipps II und ihre Bedeutung für das Schicksal Spaniens*. Bien se que este trabajo no dejará de suscitar, por parte de los historiadores, críticas, en parte justificadas, en parte también debidas a motivaciones irracionales, esto es, inconscientes. Vuelvo a repetir que lo que me interesa de las afirmaciones de Cremerius es su valor de «estímulo» y que su importancia ha de medirse tan sólo en función de las múltiples respuestas, irritadas o confirmativas, que ha de suscitar. Por de pronto, a mí me ha servido para darme cuenta de que el Antonio Pérez de Gregorio Marañón no es únicamente una interesante aportación a un viejo pleito histórico sino que ilumina, paralelamente, entrañables recovecos de nuestras antiguas, presentes y futuras «crisis de identidad» y también la personalidad de Gregorio Marañón (6).

III

Veamos cómo en 1947 el historiador biólogo Gregorio Marañón, que, pese a que va a encontrarse alguna vez con Segismundo Freud en París, en casa de la princesa de Bonaparte, no simpatiza mucho

(5) Es justo señalar que uno de los historiadores españoles más sensibles a estos planos profundos de la realidad ha sido Américo Castro.

(6) J. CREMERIUS: *Die Reaktionsbildung im Leben Philipps II und ihre Bedeutung für das Schicksal Spaniens*. *Psyche*, XXII, 118, 1968.

con el psicoanálisis, anticipa, en cierto modo, la tesis de Cremerius. Dice (p. 251 de *Antonio Pérez*):

Felipe había crecido en un ambiente de admiración mítica a su padre. En sus largas conversaciones, de niño, con su madre la emperatriz, ésta le repetía las hazañas remotas de Carlos por todos los ámbitos de la tierra: que casi toda era suya. Después, la aureola que encontró en torno de Carlos, cuando le conoció, su popularidad, su don de gentes, su poderío, su misma renuncia al poder—lo típico del varón fuerte—crearon en la mente de Felipe una concepción maravillosa de su progenitor. Pero esta ilimitada admiración, es seguro que escondía el resentimiento de su propia incapacidad para igualarle...

La tesis de Cremerius es que toda la vida de Felipe II hay que interpretarla en función de una intensa «formación reactiva», es decir, de mecanismos de defensa, muy poderosos e inconscientes, frente a sentimientos de hostilidad no sólo contra su padre, Carlos V, sino contra todo lo que éste significa: ímpetu, goce expansivo en el disfrute de la vida, grandeza en la rivalidad caballeresca, conquista de la mujer, afán de poseer, de disfrutar de la existencia. Por su parte, Marañón, nos describe cómo la «fragante y sensual impetuosidad del Renacimiento», las «gracias físicas que pródicamente derramó la Naturaleza sobre él» convertían a Don Juan de Austria, el bastardo, «alanceador de toros, jinete intrépido..., gran bailarín, de labia rendida con las mujeres, altivo con los hombres...», en «el héroe incómodo». No está, pues, muy lejos Marañón de sospechar que en eso que él llama resentimiento de Felipe II contra Carlos V y contra Don Juan de Austria hay raíces muy profundas (7).

No me es posible, por falta de espacio, exponer en todo su detalle la argumentación de Cremerius, muy bien documentada. La defensa inconsciente frente a los impulsos mortíferos contra la figura paternal producen, por una parte, una inhibición del desarrollo de la persona, que cada vez se circunscribe más a actuaciones minuciosas, puntillosas, a una desconfianza sistemática, a una pérdida de toda espontaneidad, a una vacilación incesante—de consecuencias fatales para los destinos de España—, a una huida de la sexualidad y a una crueldad

(7) Quizá Antonio Pérez, hombre también galante, derrochador y amigo del buen vivir, representó para Felipe II una figura en la que proyectar, lo que un psicoanalista de nuestros días llamaría un «objeto malo» interior. Se adaptaba muy bien a lo que necesitaba; por un lado, una figura algo similar a la del padre, en apariencia venerado y, subconscientemente, odiado y, por el otro, servía para, tratando de liberarse de él, liberarse al propio tiempo de su disociación íntima, de la parte «mala» que sentía en su propia persona; esto es, de aquello que, pese a sus múltiples e interminables confesiones, no le podían aliviar los clérigos de su tiempo. Como siempre ocurre, esta «proyección» sobre una figura, a la vez adorada o admirada y detestada, no sirve para desembarazarse del conflicto inconsciente que es tenaz, repetitivo, insaciable.

sádica. Pero lo más importante es que todo ello va acompañado de *inconscientes sentimientos de culpa*, de los que no se consigue liberar —por ejemplo, en los últimos meses de su vida— ni siquiera con las interminables y repetidas confesiones, que duran semanas y semanas y que, naturalmente, no alivian para nada un sentimiento que, por inconsciente, yace fuera del alcance de la acción del sacerdote.

El estudio del inconsciente ha permitido descubrir que, tras un aparente deseo de glorificar a la figura amada, funciona, de manera implacable, un impulso destructor. En apariencia, Felipe II hace todo lo posible por mantener el imperio que hereda de su padre. Pero en la realidad, apoyado por las circunstancias históricas, consigue desbaratarlo. Cremerius rechaza la objeción que brota, naturalmente, del historiador. Sí, es cierto, en todos estos problemas inconscientes siempre hay una o muchas otras verdades históricas innegables en la superficie. Pero, además de ellas, subterráneamente, hay unos impulsos que las administran, con tal diabólica destreza, que su intervención llega a pasar inadvertida.

Lo mismo ocurre con el enmarañado proceso de Antonio Pérez. Pese a la simpatía de éste, de la que todos se hacen lenguas, observa Marañón que

... es mucho más difícil de explicarse la entrega de un rey que pueda ser tachado de todo menos de frivolidad.

Y agrega:

... resulta extraordinario que hiciera entrega de lo más sagrado para él, después de Dios, el secreto de Estado, a un joven de origen turbio cuyos primeros pasos en la vida le acreditaban de zascandil.

(P. 47, 1.^a ed.)

Sería muy interesante, pero no me queda espacio para ello, comparar esta singular amistad del rey con su privado, que fue después seguida de una persecución, con uno de los casos más curiosos de la historia contemporánea, que sacudió hace pocos años la conciencia de un gran país, de Norteamérica; el conocido caso de Chambers y de Hiss. En el verano de 1948, Whittaker Chambers, uno de los editores de la revista *Time*, acusa públicamente a Alger Hiss, alto cargo del Departamento de Estado, de haber pertenecido a una célula comunista. El «asunto Chambers-Hills» conmueve a todo el país, es discutido en sus más elevados círculos y tribunales, se publican sobre él libros y más libros. Al final, Hiss es condenado y, poco después, Chambers muere, según se dice, de un infarto de miocardio, pero probable-

mente por suicidio. En 1967, un psicoanalista, Meyes A. Zeligs, recoge en un libro de cerca de quinientas páginas datos y documentos que ponen de manifiesto las motivaciones subterráneas que convirtieron una estrecha amistad en un acto de autodestrucción. La clave la daba el haber traducido Chambers, con significativos errores de traducción, una novela de Franz Werfel, *Class Reunion*, cuyo tema es que un hombre no sólo puede destruir a otro por medios refinados, sino que la finalidad oculta es el sentimiento de culpa que le induce a destruirse a sí mismo destruyendo a su más íntimo amigo. El título del libro de Zeligs, *Friendship and Fratricide (Amistad y fratricidio)* (8), ¿no podría aplicarse también, salvando, naturalmente, las muchas diferencias entre ambas situaciones, al apasionante pleito que comienza por unir en singular amistad al rey Felipe II y a su privado, para llevar poco a poco a la destrucción de ambos? Los famosos «papeles secretos» que con habilidad manejó Antonio Pérez desde su refugio en Aragón y desde el extranjero para salvar su vida, le hacen exclamar a Marañón, al final de su libro:

¡Qué sino trágico el de estos papeles! Ellos aceleraron la muerte de don Juan de Austria; causaron la de Escobedo y todas las que se derivaron de su asesinato; hicieron que Antonio Pérez padeciera muchos años en la cárcel y que muriera en el destierro y que su mujer y sus hijos sufrieran una injusta y larga prisión; acarrearón agitaciones, guerras y crímenes en España; contribuyeron a la muerte en el cadalso de don Rodrigo Calderón; amargaron los últimos años del reinado de Felipe II y proyectaron una sombra, que nadie podrá desvanecer, sobre la memoria de hombre y de Rey, del Austria...

Hoy, después de leer en el libro de Zeligs con qué diabólica sutileza el subconsciente humano puede poner a su servicio las más refinadas instituciones jurídicas, burlar los dispositivos legales mejor organizados, enmascarar la verdad, hacer aparecer blanco lo que es negro y, además, cuán difícil resulta averiguar una verdad en hechos que acaban de ocurrir y sobre los que se dispone de toda la información posible, tenemos motivos para preguntarnos: «¿Fueron realmente estos «papeles» los del sino trágico? ¿No encubren ellos eso que Cremerius nos revela un subconsciente real de refinadísima complicación, sobrecargado de sentimientos inconscientes de culpabilidad, cuyo alcance él mismo ignora y que determinan todo, desde la manía de coleccionar reliquias, las persecuciones, los crímenes, hasta las derrotas exteriores, bajo la apariencia de una administración pulquerrima y minuciosa?» Los historiadores tienen la respuesta a este planteamiento audaz del

(8) MEYER A. ZELIGS: *Friendship and Fratricide. An analysis of Whittaker Chambers and Alger Hiss*. Viking Press. Nueva York, 1952.

problema por un psicoanalista. Al que, naturalmente, no podemos seguir cuando trata de ampliar sus conclusiones para explicar la decadencia del Imperio de los Austrias (9).

Pero volviendo a Gregorio Marañón, ¿no tenemos ahora, en esta última obra, *Los tres Vélez*, historia, no lo olvidemos, *de todos los tiempos*, una importante clave que nos muestra cómo en los últimos días de su vida, Marañón continúa tratando de bucear en el problema de la «identidad española»? Al final de este libro habla Marañón de

... las gentes aviesas, rencorosas, reventando de envidia y de resentimiento, que han dejado una huella tan triste de lo que era, en tiempos del hijo de Carlos V, la capital de las Españas.

Pone, con estas palabras, el dedo en la llaga.

IV

La objeción más importante contra la interpretación de los hechos históricos partiendo de la psicología de sus protagonistas es que existen muchas y otras múltiples causas, de orden económico, político, social, etc., que son las que realmente marcan el rumbo. Esto es cierto, evidentemente. Pero una de las enseñanzas de los últimos tiempos es que los acontecimientos, tanto personales como colectivos, están siempre plurideterminados, obedecen a la convergencia, no tan misteriosa como a primera vista parece, de causas y concausas. Así, el fenómeno del luteranismo que, de manera exhaustiva, ha estudiado entre nosotros el jesuita Ricardo García-Villoslada, ¿qué duda cabe que queda iluminado con nueva y vigorosa perspectiva después del libro que al joven Lutero dedica el psicoanalista Erik H. Erikson? No ya con lo que antes se consideraba suficiente, con el análisis del carácter, sino con el estudio de las vicisitudes de la infancia de Lutero y de sus crisis de identidad (10). Por eso nos parece hoy tan ingenuo el último capítulo de la obra de Pfande sobre Felipe II, consagrada a su psicología

(9) Cremerius lleva su argumento demasiado lejos, arrastrado a su turno, inconscientemente, de valoraciones subjetivas que conciernen a problemas personales. Piensa que Felipe II, al dar, por decirlo así, rúbrica real al rencor inconsciente contra todo lo que supone vida, plenitud de los instintos, ardor generoso, relación abierta y amplia con las bellezas y goces del mundo, todo lo cual constituye una de las bases primeras para que se despliegue el afán de conocimiento y, por tanto, la ciencia, deja ya bloqueada la historia ulterior de España dentro de una mentalidad en la que, de manera insidiosa, se continúa la acción paralizante y autodestructora.

(10) ERIK H. ERIKSON: *Young Man Luther. A Study in Psychoanalysis and History*. Faber y Faber. Londres, 1958. *Insight and Responsibility. Lectures on the Ethical Implications of psychoanalytic Insight*. Faber y Faber. Londres, 1964.

y que, aparte manejar conceptos ya periclitados, gira alrededor del tema de si este rey fue o no una personalidad anormal. Hoy sabemos que las fuerzas que mueven, en sus secretos arcanos, la vida de los hombres más normales no difieren de las que determinan su patología y que no tiene sentido trazar una barrera entre ambas, fuera de la clínica (11).

Otros argumentadores se extrañan de que las vicisitudes tormentosas de un alma individual lleguen a tener alcance y repercusión histórica, aun cuando su escenario sea una personalidad que gobierna el destino de sus contemporáneos. Pero la historia contemporánea nos ha mostrado cómo, en ocasiones, paralelamente a esas «crisis de identidad» con la que el monarca o el déspota trata de compensar, liquidar o neutralizar deficiencias básicas de su niñez, fallas graves de su constitución psíquica—tal ocurría, por ejemplo, en ese Tiberio tan bien estudiado por Marañón—se producen, en sus contemporáneos, crisis similares, por lo menos en gran número de ellos. Y es entonces cuando la actuación, en apariencia vestida de sabiduría política de sagacidad militar, del protagonista de la historia cobra una fuerza irresistible, arrolladora. El nacimiento del nacional-socialismo en Alemania constituye un buen ejemplo de lo que acabo de decir y las numerosas biografías y estudios consagrados a la personalidad de Hitler dejan por lo general de lado el engarce que existía entre la «crisis de desarrollo» que a éste le llevó primero a la gloria y después a la destrucción, con procesos similares, y no siempre de orden patológico, que estaban sucediendo en ese momento en la juventud alemana.

Baste lo dicho para señalar cómo Marañón se anticipó en sus estudios históricos a su tiempo, cómo también se había anticipado a corrientes actuales de la medicina. Tiene esto para nosotros importancia trascendental. Ya que, en nuestra época, como en la de Lutero, y en la de Antonio Pérez, existe también una muy difundida crisis de identidad, un *vacío*, como señala Erikson, con sus temores inconscientes, con sus angustias, con su terror ante una *nada* que ya ni la fe ni la esperanza pueden llenar. Es en estos momentos—continúa diciendo—en que el hombre está sobrecogido por los nuevos descubrimientos e invenciones, angustiado por la bancarrota de instituciones como la familia o la Universidad en las cuales las élites directivas anclaban su identidad colectiva, es cuando se presenta el riesgo de que los profun-

(11) PFANDL, en su libro sobre Felipe II, se inventa una psicología *ad usum Delphini*, más que anacrónica, caprichosa. En su afán panegirista sólo recoge las grandes realizaciones históricas del segundo Austria—que nadie niega—y su escrupulosidad es interpretada como un mérito, como lo es, en efecto, en un investigador. Ignora PFANDL que el diagnóstico de normalidad o anormalidad hoy importa menos que el desvelamiento de las motivaciones inconscientes que intervienen en todo ser humano.

dos conflictos y las dotes que de ellos se derivan en personajes de excepción, en líderes políticos hagan que éstos sean *escogidos inconscientemente* por contemporáneos, que presentan conflictos similares, parecidas necesidades secretas, ávidas de encontrar satisfacción. Y, de esta suerte, una vez más, surja en la historia esta alternativa. O bien predominan en esta alianza las energías constructoras o, por el contrario, en ella se potencian mutuamente las fuerzas de autodestrucción.

Permítaseme recordar mis palabras de hace diez años. Marañón representó a la vez «esa España que adopta una actitud digna para ocultar sus emociones, la que no quiere verlas y examinarlas», pero también una España nueva, «que examina y analiza, sin miedo, sin temores estúpidos a que la luz pueda cegar o confundir». Este es el gran cambio que caracteriza la mentalidad de nuestro tiempo. Que no sólo piensa que es absolutamente necesaria esta iluminación implacable de las simas para evitar catástrofes históricas que nos amagan, sino que aspira, a través de la armonización de todas las posibilidades, positivas y negativas, que hay en el alma de los hombres y de las naciones, a llegar a esa integridad que garantiza, en los hombres y en los pueblos, la salud. Decía yo entonces que, con su muerte, Marañón iniciaba su segunda salida por la historia de España. Cantan ya nuestros niños, por las calles, como si fuesen canciones de romancero, los versos de Antonio Machado:

*Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza...*

Marañón, biólogo historiador primero; después historiador biólogo, ya es él sustancia misma de nuestra historia. Caballero andante frente a las fuerzas de destrucción que corren por nuestro subsuelo histórico, hasta ahora las ha vencido con su generosidad intachable, con su gran amor a España. Lo mismo que Antonio Machado, Marañón, que tanto amó a España, que tanto se preocupó de su historia, es hoy no sólo una gran figura de la España pretérita, sino España misma. España en carne y hueso.

JUAN ROF CARBALLO
Peguerinos, 19
Ciudad Puerta de Hierro
MADRID

Trabajos publicados en el núm. 246 de
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS
INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
MADRID